

SUPLEMENTO SEMANAL DE LA HORA, IDEA ORIGINAL DE ROSAURO CARMÍN Q.

CULTURAL

GUATEMALA, 18 DE MAYO DE 2020



**DE PANDEMIAS
Y CORONAVIRUS**

PRESENTACIÓN

Vivimos en un período inédito, qué duda cabe. La pandemia extendida por el mundo no solo tiene paralizada a la humanidad, sino sumida en una incertidumbre que amenaza incluso la salud mental de las sociedades en cada rincón del planeta. Por ello, quizás sea oportuno, aunque sea solo para tratar de entender el fenómeno y especular vías de solución, reflexionar sobre el impacto del Coronavirus sobre nuestras vidas.

Así, le presentamos el texto de Dennis Escobar Galicia, titulado, "De la epidemia cólera morbus a la pandemia covid-19". El artículo hace un breve recorrido histórico, con los trazos que permite el espacio periodístico, de otra crisis epidemiológica en Guatemala: el cólera morbus. El periodista retrata, tanto la preocupación de los políticos en ese período específico, como la reacción de la población y el mundo cultural -específicamente la intervención de María Josefa García Granados (Pepita García Granados)-. En el mismo tema, le ofrecemos el análisis crítico sobre el Coronavirus del teólogo, Leonardo Boff. El brasileño, que no necesita mayor presentación, al tiempo que hace un ejercicio de futurología, insiste en la idea de que la humanidad no puede ser la misma después de la pandemia. Reitera la idea de que quizás el virus ofrezca una nueva oportunidad al mundo para rectificar la lógica destructiva del sistema capitalista vigente.

En esta nueva dirección que ha tomado el país, según las últimas decisiones de gobierno a causa de la extensión de la enfermedad, deseamos para usted la mejor de las bendiciones. Tome sus precauciones, guárde bien y proteja a los suyos. Tome las riendas familiares, sea protagonista e intente propagar el optimismo para salir adelante. Nosotros estaremos unidos, pendiente de usted, en espera de mejores días. Ya vendrán, esté seguro de ello. Hasta la próxima.



DE LA EPIDEMIA CÓLERA MORBUS A LA PANDEMIA COVID-19

DENNIS ORLANDO ESCOBAR GALICIA

Periodista

Hace 183 años, en 1837, Guatemala era gobernada por un doctor (en Derecho): José Felipe Mariano Gálvez. En aquel tiempo ocurrió una epidemia que puso en crisis su mandato porque sus opositores lo inculparon y soliviantaron los ánimos del pueblo contra él. Decían que el cólera era producido por una substancia que las autoridades gubernamentales echaban en el agua. Hoy nos gobierna otro doctor –es mejor llamarle médico: Alejandro Eduardo Giamattei Falla-. A pocos días de iniciar su gobierno ocurre una pandemia –más peor porque es en todo el mundo y en época de globalización-. Ahora, como hasta la salud y vida politizan, atribuyen a gobiernos hegemónicos de ser los causantes de la enfermedad.

A mediados del siglo antepasado, la República de Guatemala apenas sobrepasaba el millón y medio de habitantes, la gran mayoría indígenas. Si ellos morían poco importaba. ¿Por qué? Porque la minoría criolla tendría más tierra para acaparar. Ya miraría como atraer a unos cuantos encartonados (titulados de la única universidad de ese entonces) para que le administraran y produjeran sin menos gente. Y conste que en esa época no existía en Guatemala la carrera de ingeniería agronómica, ésta fue creada hasta en 1950. Pero... como -desde ya- éramos un país rezagado, los terratenientes aplicaban sin analizar la ley de la producción, evadiendo desarrollar las fuerzas productivas. Además se quería tierra para consolidar el modo de producción feudal.

El cólera estaba provocando muchas muertes, como siempre entre los más pobres por ser endebles. Por lo que Gálvez se vio obligado a nombrar una comisión de médicos para intentar que la gente se curara y no fuera a contagiar

a los demás, principalmente a los de alcurnia dominante. Los galenos visitaban a los enfermos y les ofrecían medicamentos, pero, ante los rumores y la desconfianza a las autoridades, no los ingerían; por lo que las medidas no eran efectivas y provocaban burla. Los indígenas decían que el gobierno los quería matar y despojarlos de sus tierras.

Por esos días estaba en su apogeo una mujer que se adelantó a su tiempo por crítica y valiente. Se llamaba María Josefa García Granados, hermana de Miguel García Granados, el que muchos años después sería presidente de Guatemala. Ambos hijos de padres españoles pero que fueron traídos a Guatemala desde muy pequeños.

Como toda buena poetisa satírica y opositora al gobierno, María Josefa, más conocida como Pepita García Granados, dio rienda suelta a su habilidad humorística y creó *El Boletín del Córnera*. El Dr. Horacio Figueroa Marroquín, ilustre guatemalteco de la medicina y las letras (1903-1991), afirma que la poetisa "hizo circular

CULTURAL

ES UNA PUBLICACIÓN DE:

La Hora Fundado en 1920

DIRECTOR GENERAL:
OSCAR CLEMENTE MARROQUÍN

DIRECTOR:
PEDRO PABLO MARROQUÍN P.

EDITOR DE SUPLEMENTO:
EDUARDO BLANDÓN
ejblandon@lahora.com.gt

DIAGRAMACIÓN:
ALEJANDRO RAMÍREZ

subrepticiamente *El Boletín del Córera Morbus*, donde la musa de los estudiantes, como también la llamaban, se burlaba bonitamente de todos los médicos de la comisión”.

José Martí (1853-1895) en su libro *Guatemala* al referirse a Pepita García Granados la califica como “famosa decidora, que no dejó suceso sin comentario, hombre sin gracioso mote, defecto sin epígrama; de rima facilísima, espíritu entusiasta, carácter batallador”.

César Brañas (1899-1976), poeta guatemalteco, se refiere a Pepita como la “poetisa de burlesca gracia”.

“La poeta irreverente, pícara, valiente, altanera, subversiva, graciosa, vivaz, María Josefa García Granados, desafió y escandalizó con su pluma a la sociedad guatemalteca del siglo XIX. Hermana y suegra a la vez del expresidente Miguel García Granados e íntima amiga de José Batres Montúfar, Pepita fue amada y odiada por sus escritos”, escribió Marta Sandoval en *el Acordeón* del 17 de diciembre de 2006.

El satírico *Boletín del Córera Morbus* (tomado del libro *María Josefa García Granados*, de Jorge Luis Villacorta C., impreso por la Editorial José de Pineda Ibarra, 1971) cuenta de manera satírica lo sucedido en la sesión médica, acompañado del informe de ésta a la Junta de Sanidad, con el “método preservativo y curativo”.

En el drama intervienen siete personajes: el presidente y seis médicos de la comisión. El primero en hablar es el presidente Molina (Dr. Mariano Gálvez): “compañeros, ya está el cólera morbus en la ciudad; y el Jefe del Estado ordena discutir en esta junta los síntomas que hubieseis observado, para fijar un método sencillo, claro, de poco costo y acertado: así es que espero que cada uno exponga su parecer”.

El primero de los médicos que interviene es Bartolo (Dr. Lambur): “yo he sido el que ha arrostrado el primero, el contagio, y así debo decir lo que en la peste se ha notado. Apenas a Zacapa hube llegado, cuando con gran cuidado, observé la epidemia; y no es dudoso que es un mal incurable y espantoso, (...)”

En seguida intervienen los demás médicos, quienes al finalizar reciben el comentario o preguntas del presidente. Ya para finalizar aprueban por unanimidad y gran algarabía el método curativo, que “¡De todas la recetas fórmese una ¡La ocurrencia es preciosa y oportuna!”

El método curativo es risible. Empieza así: “Se echan en un tonel, pipa o tinaja de grande magnitud, como absorbente, una carga de cal: después se toma de sal de ajenjo (que es lo más corriente) lo que coja una piedra de molino: se exprimen mil limones prontamente, y se deja bullir este brebaje. (...)”

El boletín continúa con la convalecencia: “La dieta durará cuarenta días: así la Junta Médica lo ordena (...)”

En lo sucesivo contiene observaciones sobre los síntomas y progresos del cólera, presentados a la Junta de Sanidad por la Comisión Médica, y acompañados de la higiene y métodos curativos. Todos estos apartados escritos con sarcasmo poético y gran originalidad por Pepita García Granados. Ya quisieran los actuales redactores de los boletines de la Huelga de Dolores y del *No Nos Tientes* hacerlo como ella.

Finalmente *El Boletín del Córera Morbus* emite cinco decretos, todos con mucho ingenio que hasta a los más serios provocan risa, a saber: “4. Que un transporte económico se invente, como el que ha discurrido el presidente, de un cuero, con dos palos; y al difunto carguen, si muerto está de todo punto; pues nuestros cargadores inexpertos entierran nueve vivos y dos muertos. 5. Que se imprima, y circule este decreto, que al darlo no tenemos más objeto, que es el que queden todos enterados, pues ya nos tiene el cólera apestados”.

En 2020 el gobierno del médico Giannattesi, por la pandemia Covid-19 decreta el estado de calamidad pública y el toque de queda que limita el derecho de libre locomoción para todos los habitantes de la República de Guatemala, salvo excepciones (como los diputados que conducían ebrios y no fueron arrestados). Todo ello para salvaguardar la salud y vida de todos los guatemaltecos. Desgraciadamente muchas personas no respetan las disposiciones y violan las normas, principalmente los voraces negociantes y empresarios que lucran con el dolor del prójimo. Así como también los ignorantes o no informados. Otra grave situación de la actualidad es que el coronavirus está provocando “infodemia”, es decir la difusión en Internet y redes sociales de información sobre el tema totalmente falsa o parcialmente incorrecta.

En estos días de permanecer en casa por medidas sanitarias, es mejor actuar con prudencia y tranquilidad, y revisar la historia guatemalteca impresa en libros como



los mencionados. Abrigo la esperanza que todos apliquemos el refrán “Al mal tiempo buena cara”.

María Josefa
García
Granados.

“*¡Una vez tuve un accidente grave y fue estupendo! ¡Lo mejor de todo fue el hospital! No podía dormir, así que leía sin parar, de día y de noche (...)*”, Milán Kundera en *La insoportable levedad del ser*.





CUENTO

JUANITO Y LA LUNA DE QUESO

MAX ARAUJO, CON LA COAUTORÍA
DE AMABLE SÁNCHEZ TORRES

A Daniel Anderson y a don Juan Pichiyá

Pamumús, una aldea verde, muy cerca del cielo, visitada frecuentemente por las nubes, es el hogar de numerosos pájaros que tejen sus nidos en los árboles de sus bosques. Allí habita Juanito Pichiyá, un niño muy listo e inquieto, de origen cakchiquel. Vive muy feliz con sus padres y hermanos, en una bonita casa, de un solo corredor, con dos dormitorios y una troj. Es de adobe encalado, tiene un techo de tejas somnolrientas y dos puertas traviesas, que se quejan cada vez que se cierran o se abren. Por las noches casi llegan a parecerse a un espanto.

La vivienda está escoltada por altos pinos –delgados unos, gordos otros–, y por un abigarrado corro de flores bailarinas. Todas ellas son amigas de doña Clementina, la mamá de Juanito. La familia tiene una vaca negra, muy coqueta, un

burro de color café, entre tenor y barítono, dos ardillas trapecistas, tres chompipes boxeadores, un pato esquiador, un gallo kikikiriquí... y veinte gallinas que se pasan la mitad del tiempo murmurando. ¡Ah!, y también hay una paloma cantora, que de cuando se queja por un su viejo amor que tuvo hace mucho tiempo.

Un día del último octubre, sin mucho frío ni mucho calor, Juanito, que suele ser generoso y buen amigo, invitó a sus compañeros de la escuela, de entre seis y siete años, a celebrar el fin del año escolar y a comerse la luna. ¡¡¡...!!!! Previamente les aseguró, jurando y perjurando, mientras hacía una cruz con dos dedos y le daba en beso muy sonoro, que la luna era inequívocamente de queso, porque, cuando el Ajau había construido el universo, la había elaborado con la mejor leche de una vaca muy blanca, que también volaba. Eso se lo había contado su abuelito Rufino, que tenía voz de periquito, bigote blanco y un rostro de tecolote

bueno.

Todos los niños saltaron de alegría y asintieron entusiasmados. Pero tenían muchas dudas y no dejaban de preguntarse sobre quién podría ser el arquitecto de este milagro, porque la luna estaba muy alta y no podrían alcanzarla. Entonces Juanito los reunió a todos, mirando al suelo con las cabezas muy juntas, y les cuchicheó su secreto como si se tratara de un misterio: “La luna –les dijo en voz apenas perceptible, más que hablando, musitando– baja todos los días a beber agua en la poza de la quebrada”. Él y su abuelito la habían visto muchas noches y estaban bien seguros de tan portentoso milagro.

Se hizo en el patio de la escuelita –más o menos como en el Congreso– la correspondiente deliberación, casi en silencio, mirando de refilón a todas las esquinas, para que los maestros no se percataran de ello, y los parlamentarios lograron llegar al trascendental acuerdo de que por la

tarde del día siguiente, al salir de clases, si no estaba nublado, irían todos juntos a darse el gran banquete.

¡Dicho y hecho! Aquel martes azul Juanito les indicó que lo siguieran a un lugar que él conocía: un roble de ancha copa, en el que cientos de pájaros carpinteros habían abierto una prodigiosa red de galerías, era el punto de referencia. Cada uno de los niños escogió un lugar cerca de la poza, donde no pudieran ser vistos, para esperar allí el portentoso espejismo de la noche.

Llegado el momento, Juanito condujo a sus amigos al lugar y todos pudieron contemplar asombrados cómo la luna –blanca, redonda y silenciosa como le correspondía– había tomado posesión de la poza, que ya casi no se distinguía de ella. ¡Cómo podremos sacarla de ahí, preguntó –entre audaz, ansioso y dubitativo– un niño barrigón, relamiéndose la boca y soñando al mismo tiempo con el trozo que se comería. ¡Muy sencillo! –contestó un sabihondo, más delgado que una caña de milpa–. ¡Saquemos primero el agua!; ¡Claro! –respondieron todos a coro-. Unos empezaron a usar el cuenco de sus propias manos, otros sus sombreros o sus gorras, otros los pocillos que solían llevar a la escuela para la refacción... Los más ingeniosos solo bebían y escupían...

Poco a poco la poza se iba vaciando. La luna parecía una muchacha quisquillosa. Daba un brinquito por aquí, otro brinquito por allá... Ya solo se veía en el puro centro... De pronto únicamente en lo más hondo... Cuando más afanados estaban en la tarea, como si algún enemigo resentido les hubiera dado un mazazo, tuvieron que caer en la cuenta de que en la poza ya no había luna. Solo arriba, muy alta, muy lejana, incluso muy pequeña, la luna fruncía los labios entre risueña y burlona.

Juanito estaba mudo y rompió a llorar. Los demás le siguieron, cada uno en su propio estilo. Del llanto pasaron a un grriterío que podía oírse por rancheríos, cerros y montañas.

Los papás de todos, que los andaban buscando con la preocupación del caso, los encontraron inconsolables junto a la poza, como un infantil coro de plañideras. La poza estaba vacía.

–¿Qué pasó? –preguntó don Pascual Culajay, levantado la vara de autoridad ancestral que le habían confiado los ancianos del pueblo.

–Chepito, su hijo, respondió: el Juanito, nos invitó a que nos comiéramos la luna de queso, y nos trajo aquí.

–Que los niños nos cuenten cómo los convenció el Juanito –dijo don Paulino Pichiay.

Tomó la palabra Pedro, el hijo del carpintero, y narró cómo Juanito les explicó que la luna era de queso y los invitó para que se la comieran. Todos estuvimos de acuerdo. Nadie nos obligó.

–Ya lo ven –dijo don Domingo Pichiay–. M'ijo solo quiso agradar a sus amiguitos, porque estaba seguro de que lo que le había dicho su abuelito era verdad. Tampoco sabía que la luna, cuando baja a beber agua, lo hace a escondidas y a escondidas regresa al cielo. Juanito no quiso engañar a sus amigos. Yo le he enseñado siempre a no mentir.

Aclarado el asunto, se formó una caravana para

llevar a Juanito a su casa. A la puerta los esperaba doña Clementina, con rostro de susto, un delantal de colores y sus lentes agrandaojos. Cuando la mamá de Juanito escuchó la historia, le dio a su hijo un beso tan grande como un sol. Pasados unos momentos, se repuso y dijo de tal manera que todos pudieran oírla bien:

–Hoy he cocinado una gran olla de frijoles negros, parados, y los he sazonado con ralladura de queso. Es el mismo queso de luna que ustedes ya no pudieron pescar en la poza. Son un secreto mío. Resulta que una noche la luna entró por el tapango y estaba tan cansada que se quedó dormida. Yo me fui acercando a ella muy callada y la fui acariciando poco a poco con el rallador. Ella creía que la estaba acariciando. Cuando despertó se fue muy contenta diciéndome adiós. Eso explica que desde entonces no siempre parezca que la luna está completa.

Los niños empezaron a comer en medio de un gran alborozo. Y..., ¡oh, milagro!: a unos los frijoles les sabían a queso de vaca, a otros a queso de cabra, a otros a queso de oveja, según el paladar y la fantasía de cada uno. Hasta hubo uno –el Chispas, solían llamarlo– que se atrevió a decir que a él le sabían a queso de camella.

Junto al fogón y la piedra de moler, doña Clementina sonreía oronda y satisfecha. Desde la inmarcesible extensión del cielo la luna sonreía también, mientras seguía bañándose y chapoteando en la poza de la quebrada. Era toda la noche una fiesta de cocuyos, grillos y chapulines.

DE CÓMO SURGIÓ ESTA HISTORIA

A inicios de una noche, hace tres años, con ocasión que mi sobrino Daniel Anderson, –un niño entonces de cinco años, que nació en Suecia, en donde vive actualmente–, nos visitó en nuestra casa en San José Pínula, y le dije a mi hermana Carmen que tenía hambre. Mi hermana le sirvió un plato de frijoles parados, pero Daniel, con lo inteligente que es, le manifestó que así no le gustaban, que él los quería colados, porque así se los daba su murmur (abuelita en sueco), hermana mía. Yo que también cenaría con ellos, intervine y le narré la historia de cuando Juanito Pichiay quiso comerse a la luna de queso. Tomé prestado el nombre y el apellido de don Juan Pichiay, quien días antes nos había llevado a conocer Pamumús, una aldea cercana a San Juan Comalapa. La historia la terminé cuando le indiqué a Daniel que los frijoles que comieron los niños eran exactamente como los que nos estaba dando la tía Menchus. Entonces Daniel comió los frijoles, y al final dijo, ique ricos los frijoles que hace la tía!

Don Juan complacido, cuando le conté la historia, me autorizó para que al escribirla usara su nombre. Es un homenaje a este estimado personaje que labora en el Ministerio de Cultura y Deportes, y a Pamumús, una aldea cerca del cielo, de donde es originario

Biblioteca Nacional
Guatemala, diciembre 2019



¿QUÉ PUEDE VENIR DESPUÉS DEL CORONAVIRUS?

LEONARDO BOFF

Muchos lo han visto claramente: después del coronavirus, ya no va a ser posible continuar el proyecto del capitalismo como modo de producción, ni del neoliberalismo como su expresión política. El capitalismo sólo es bueno para los ricos; para el resto es un purgatorio o un infierno, y para la naturaleza, una guerra sin tregua.

Lo que nos está salvando no es la competencia –su principal motor–, sino la cooperación; ni el individualismo –su expresión cultural–, sino la interdependencia de todos con todos.

Pero vayamos al punto central: hemos descubierto que el valor supremo es la vida, no la acumulación de bienes materiales. El aparato bélico montado, capaz de destruir varias veces la vida en la Tierra, ha demostrado ser ridículo, frente a un enemigo microscópico invisible que amenaza a toda la humanidad. ¿Podría ser el *Next Big One* (NBO), el que los biólogos temen que va a llegar, “el gordo”, “el próximo gran virus” que pueda destruir el futuro de la vida? No lo creemos. Esperamos que la Tierra siga teniendo compasión de nosotros y nos esté dando sólo una especie de ultimátum.

Dado que el virus amenazador proviene de la naturaleza, el aislamiento social nos ofrece la oportunidad de preguntarnos: ¿cuál fue y cómo debe ser

nuestra relación con la naturaleza y, más en general, con la Tierra como Casa Común? La medicina y la técnica, aunque muy necesarias, no son suficientes. Su función es atacar al virus hasta exterminarlo. Pero si continuamos atacando a la Tierra viva, “nuestro hogar con una comunidad de vida única”, como dice la Carta de la Tierra (Preámbulo), ella contraatacará de nuevo con más pandemias letales, hasta una que nos exterminará.

Sucede que la mayor parte de la humanidad y de los jefes de estado no son conscientes de que estamos dentro de la sexta extinción masiva. Hasta ahora no nos sentíamos parte de la naturaleza ni tampoco como su parte consciente. Nuestra relación no es la relación que se tiene con un ser vivo, Gaia, que tiene valor en sí mismo y debe ser respetado, sino de mero uso según nuestra comodidad y enriquecimiento. Estamos explotando la Tierra violentamente, hasta el punto de que el 60% de los suelos han sido erosionados, en la misma proporción los bosques húmedos, y causamos una asombrosa devastación de especies, entre 70-100 mil al año. Esta es la realidad vigente del antropoceno y del necroceno. De seguir esta ruta vamos al encuentro de nuestra propia desaparición.

No tenemos otra alternativa que hacer, en palabras de la encíclica papal “sobre el cuidado de la Casa Común”, una *conversión ecológica radical*. En este sentido, el coronavirus no es una crisis como otras,

sino la exigencia perentoria de una relación amistosa y cuidadosa con la naturaleza. ¿Cómo implementarla en un mundo que se dedica a la explotación de todos los ecosistemas? No hay respuestas listas. Todo el mundo está a la búsqueda. Lo peor que nos podría pasar sería, después de la pandemia, volver a lo de antes: las fábricas produciendo a todo vapor, aunque con cierto cuidado ecológico. Sabemos que las grandes corporaciones se están articulando para recuperar el tiempo perdido y las ganancias.

Pero hay que reconocer que esta conversión no puede ser repentina, sino gradual. Cuando el presidente francés Macron dijo que “la lección de la pandemia era que hay bienes y servicios que deben ser sacados del mercado”, provocó la carrera de decenas de grandes organizaciones ecologistas, como Oxfam, Attac y otras, pidiendo que los 750.000 millones de euros del Banco Central Europeo destinados a remediar las pérdidas de las empresas se destinaran a la *reconversión social y ecológica del aparato productivo*, en aras de un mayor cuidado de la naturaleza, así como de más justicia e igualdad sociales. Lógicamente, esto sólo se hará ampliando el debate, involucrando a todo tipo de grupos, desde la participación popular hasta el conocimiento científico, hasta que surjan una convicción y una responsabilidad colectivas.

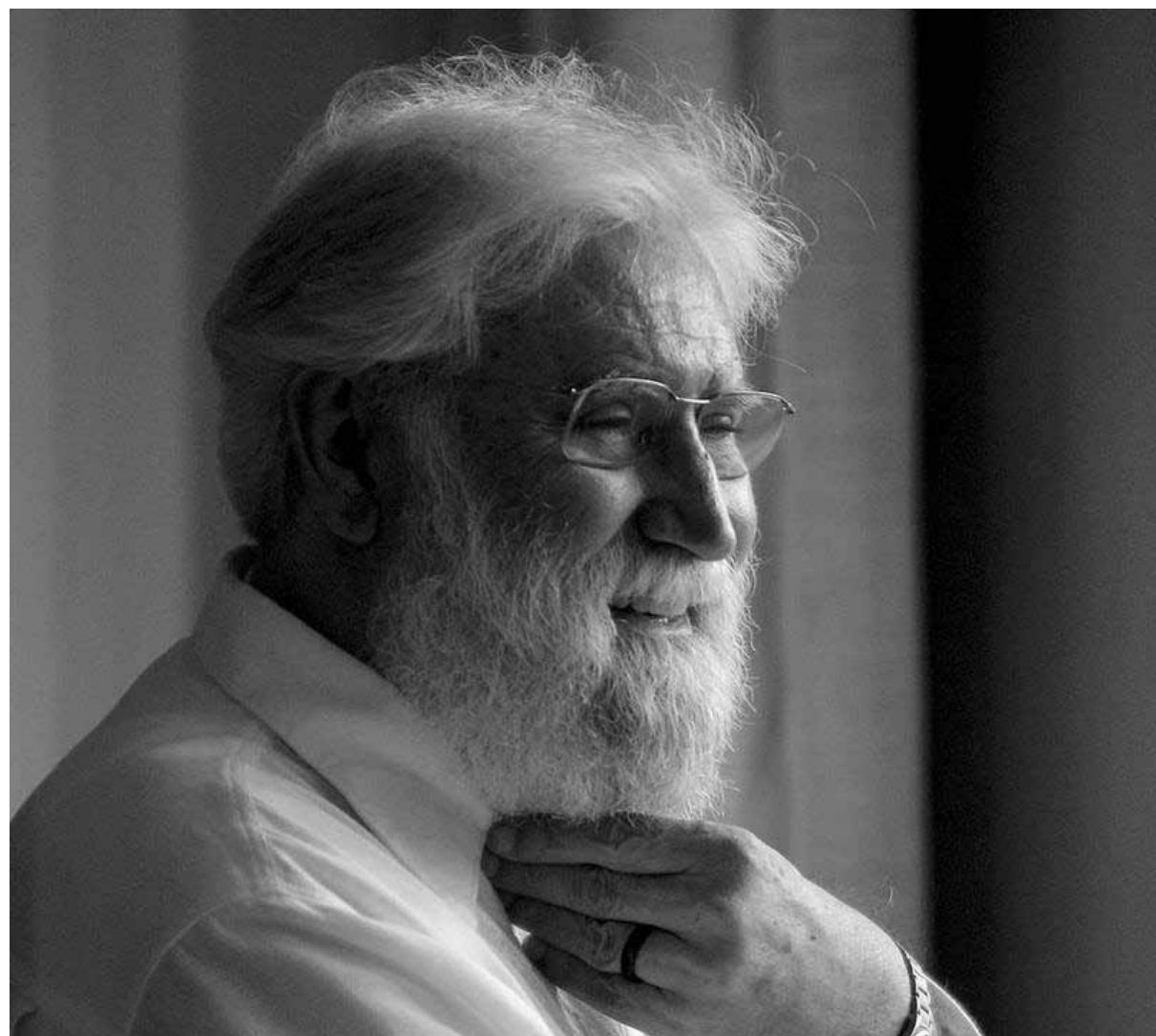
Debemos ser plenamente conscientes de una cosa: al aumentar el calentamiento global y aumentar la población mundial devastando los hábitats naturales, acercando así los seres humanos a los animales, éstos transmitirán más virus a los que no seremos inmunes, que encontrarán en nosotros nuevos huéspedes. De ahí surgirán las pandemias devastadoras.

El punto esencial e irrenunciable es una nueva concepción de la Tierra, ya no como un mercado de negocios que nos coloca como sus señores (*dominus*), fuera y por encima de ella, sino como una superentidad viviente, un sistema autorregulado y autocreador, del que somos precisamente su parte consciente y responsable, junto con los demás seres como hermanos (*fratres*). El paso de *dominus* (dueño) a *frater* (hermano) requerirá una nueva mente y un nuevo corazón, es decir: ver a la Tierra de manera diferente, y sentir con el corazón nuestra pertenencia a ella y al Gran Todo. Unido a ello, el sentido de inter-retro-relación de todos con todos y una responsabilidad colectiva frente al futuro común. Sólo así llegaremos, como pronostica la Carta de la Tierra, a “un modo de vida sostenible”, y a una garantía para el futuro de la Vida y de la Madre Tierra.

La fase actual de recogimiento social puede significar una especie de retiro reflexivo y humanista, para pensar en tales cosas y nuestra responsabilidad ante ellas. Es urgente, y el tiempo es corto, no podemos llegar demasiado tarde.

El texto ha sido tomado del Blog del teólogo brasileño en el que ofrece cada viernes su reflexión sobre los principales acontecimientos que vive la humanidad. En la actualidad, sus análisis están centrados en la incidencia del cambio climático sobre el mundo.

<http://www.servicioskoinonia.org/boff/>



POESÍA JUAN ANTONIO GONZÁLEZ IGLESIAS

Juan Antonio González Iglesias (Salamanca, 22 de septiembre de 1964). En la entrevista del 25 de noviembre de 2019 que le hiciera Nuria Azancot para El Cultural, al poeta González Iglesias, él afirmó: El modo poético de estar en el mundo es así. Santa Teresa lo dijo muy bien: no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho. En esta época de intelectuales yo me veo como un corporal, un sexual, un sentimental, un pasional, en eso incluyo mi inteligencia, si la tengo... No distingo la piel del intelecto.

El poema de amor debe tener previsto

En el bus ves por dónde vas
E.M.T. De Madrid

El poema de amor debe tener previsto el transcurso futuro de los astros pero también el vocabulario de la derrota y la gloria muy simple del minuto. Debe tener prevista la palabra Albentur sólo porque está escrita en el costado del autobús nocturno que te devuelve a casa. Debe decir la periferia urbana, y saber convertirse, si es preciso, en oda a las ciudades encendidas. Debe tener previstos los fracasos, toda nuestra pobreza, el miedo a que se quiebre nuestro amor extramuros. El poema de amor debe negar el oro. El poema de amor debe saber que somos iguales, y por tanto debe incluir palabras libres de tradición y de sabiduría. No diré que Petrarca no nos sirve. Diré que no nos basta. Nuestro fuego sucede más acá de los límites del mundo. El poema de amor debe incluir mi nombre y tu nombre de la misma manera que mi nombre incluye el tuyo.

El poema de amor debe afirmar definitivamente que no somos oscuros, ni pobres de aventura.

Déjame que te abrace...

Déjame que te abrace, ahora que todavía tu piel no lleva escritas las mentiras del mundo y tus labios son sede sólo de la hermosura. Porque sólo he querido ser bueno y verdadero, y tú puedes hacerme, déjame que te abrace.

He detenido el vuelo de las aves

«las pasiones, por contener
el máximo de vida
son las cosas más santas»

Yeats

He detenido el vuelo de las aves,
el canto de los pájaros
para cantar la gloria de Dios en tu cintura,
tu torso receptivo de claridad a oscuras,
boxeador diminuto entre mis brazos.
Por ti
me convierto en amor varias veces al día.
Amo tu cuerpo simple y masculino.

Vámonos al combate de los muchos asaltos. He leído el tratado geométrico de Euclides antes de acariciarte. Sólo quiero que estemos las próximas diez horas perfectamente interconectados. De madrugada llego a tu garganta. El lugar de tu lengua, yo lo tomo. y aunque ahora podría erigirme en un nuevo portavoz de la joven poesía en llamas, prefiero ser el hombre que es capaz del silencio, y así, con los residuos más pobres del lenguaje celebro la presencia de tu cuerpo en mi vida.

Esto es mi cuerpo...

Esto es mi cuerpo. Aquí coinciden el lenguaje y el amor. La suma de las líneas que he escrito ha dibujado no mi rostro, sino algo más humilde: mi cuerpo. Esto que tocas es mi cuerpo. Otro lo dijo mejor. Esto que tocas no es un libro, es un hombre. Yo añado que esto que te toca ahora es un hombre. Soy yo, porque no hay ni una sola sílaba que esté libre de amor, no hay ni una sola sílaba que no sea un centímetro cuadrado de mi piel. En el poema soy acariable no menos que en la noche, cuando tiendo mi sueño paralelo al sueño que amo. No mosaico, ni número, ni suma. No sólo eso. Esto es una entrega. Soy pequeño y grande entre tus manos. Esta es mi salvación. Éste soy yo. Este rumor del mundo es el amor.

Leer
in memoriam Carmen Jodra

Recostada en el olmo, la que lee a la orilla del Tormes, ha elegido la mejor parte. Tiene entre sus manos el lenguaje. Ha elegido muchas cosas, la hora, el libro y el lugar en sombra, el agua y no hacer nada, o no hacer nada más que leer, dejarse ser. Leer es mejor que escribir, mejor que hacer, mejor que todo. Es una primicia. Escucha ese silencio que le dice. Ha elegido en verdad la mejor parte. No le será quitada.



Lo sencillo
para Amalia Bautista

Lo sencillo está diseminado por el mundo. A veces no se ve, porque es diáfano. Su lugar es la rutina tanto como el acontecimiento. No necesita explicación porque ya está desplegado. Estaba antes y estará después. Vuelve verdaderamente inolvidable el encuentro con otro ser humano. Convierte las cosas en momentos. A pesar de lo que pudiera parecer, lo complicado no prevalecerá.

Selección de textos: Gustavo Sánchez Zepeda

LA VIVENCIA ESTÉTICA

CHARLES BAUDELAIRE

LO BELLO ES MELANCOLÍA Y MISTERIO

He hallado la definición de belleza, de mi belleza. Es algo ardiente y triste, algo muy vago, que deja curso libre a la conjetura. Voy a aplicar, si se quiere, mis ideas a un objeto sensible, al objeto, por ejemplo, el más interesante en la sociedad: a un rostro de mujer. Una cabeza seductora y bella, una cabeza de mujer quiero decir, es una cabeza que hace soñar a la vez, pero de manera confusa, de placer y de tristeza; que implica una idea de melancolía, de lasitud y aun de hastío; bueno, una idea contradictoria; es decir, un ardor, un deseo de vivir, asociado con una

amargura refluente, como preveniente de privación o de desesperanza. El misterio, la añoranza, son también caracteres de lo bello.

Una hermosa cabeza masculina no necesita implicar (excepto quizá a los ojos de una mujer) esa idea de placer, que en un rostro de mujer es una provocación tanto más atractiva cuanto el rostro es generalmente más melancólico. Pero esa cabeza contendrá también algo de ardiente y de triste —necesidades espirituales, ambiciones tenebrosas— mente reprimidas—, la idea de una potencia amenazante y sin empleo, a veces la

idea de una insensibilidad vengadora y a veces también —y éste es uno de los caracteres más interesantes de la belleza— el misterio, y, en fin (para tener el valor de confesar hasta qué punto me siento moderno en Estética), la desdicha. Yo no pretendo que la alegría no pueda asociarse a lo bello; lo que digo es que la alegría es uno de sus ornamentos más vulgares; mientras que la melancolía es, por decirlo así, su ilustre compañera, al punto que yo no concibo apenas (¿será mi cerebro un espejo embrujado?) un tipo de belleza en el que no haya desdicha... (Fusées X).

